

Esta Vegueta no es esa Vegueta tranquila y serena y sin humos y sin mayores estridencias de motores de Las Palmas de Gran Canaria. Esta Vegueta está enclavada en Lanzarote, lo estuvo siempre y lo sigue estando y lo estará hasta que un terremoto o cataclismo o un bramido profundo del Timanfaya dormido un día se lleve por delante no sólo a este pueblo montañero, sino a la isla entera, que los designios de Vulcano, en los avatares del tiempo y de los siglos, nadie los sabe.

No tiene esta Vegueta nuestra conejera monumentos arquitectónicos ni espléndidas casonas de anchos portales vetustos ni estilizados escudos de nobleza en los patricios frontis patriarcales, como la otra, la aristocrática y culta y morigerada Vegueta de Las Palmas de Gran Canaria. Tiene, eso sí, la Vegueta lanzaroteña, unas cuantas mansiones señoriales acortijadas (con huerto enarenado alrededor) en su escaso panorama urbano y una cadena de montañas en su escueto horizonte circular de rústico parámetro guanche, o guanchinéfico: Tamia, Timbaiba, Tinache, Tisalaya, y un par de mésetas, a más de las morras de Liria.

Esta Vegueta conejera tuvo un pasado lejano lleno de hidalguía y nostálgicas añoranzas caciquiles, y también un pasado no tan antiguo lleno de matoniles peripecias y heroicas hazañas bestiales donde el cuchillo y el garrote imponían su autoridad a lo largo de los caminos y por senderos opuestos. Ejemplo de aquel pasado más lejano y caballeresco lo fue Bartolito Bethencourt, a quien definí a su tiempo como «un hombre del alma atrás», prototipo del hidalgo desfacedor de entuertos que un día, por

**Desde
mi
Villa Vieja**



por LEANDRO PERDOMO

El submarino de la Vegueta

mor de un amor quebradizo y huidizo y enfermizo desapareció de la isla por siempre jamás. Del otro pasado más cercano, el del puñal y el palo autoritarios, puedo citar a Rudesindo Pérez, temido al solo mentar su nombre en el cotarro pueblerino y en el ámbito matonil de los otros pueblos: Tinajo, Tiagua, Tao, Tías, Tinguatón, Tomare, Tinoca...

Pero no voy a hablar hoy ni del uno ni del otro pasado histórico, de la una y la otra Vegueta, la de Bartolito Bethencourt y la de Rudesindo Pérez. Hablaré de una Vegueta distinta, de la última que se mantuvo aún con solera: la Vegueta de mi primo Leandro Fajardo; la de la postguerra, la humorística y un tanto ilustrada y chabacana y llena de quimeras vanas y recuerdos y olvidos y angustias, también angustias porque la guerra nos había dejado a los jóvenes sin ánimo de nada (¿y a los viejos idiotizados, haciendo la instrucción en los llanos del Castillo con sus fusiles de palo?), si acaso con ganas de reír, a los jóvenes, de reírnos todos rememorando las payasadas de las «paradas fallangistas» en Arrecife según regresaban los «héroes de la cruzada», del frente peninsular. Es la Vegueta de los años cuarenta y también cincuenta. Esta es la Vegueta del submarino. Sigán leyendo y lo verán ustedes, al submarino de la Vegueta, como dice arriba el título.

Aconteció que, como siempre, como casi todos los sábados después de la vendimia, mi primo Leandro invitó a unos cuantos amigos a comer sancocho y a catar el vino «granito de oro», envasado en pipa de roble encajada en la costa de la mar del Cochino después de un naufragio. Su generosidad y su buen humor lo empujaban con frecuencia a festejar en su casa cualquier trivial acontecimiento, como pretexto para romper unos ratos la monotonía pertinaz de la diaria lectura y la placentera y continuada convalecencia, continuada después de años largos terminada la guerra. Este sábado, que era un sábado cualquiera como casi todos los sábados, iba a ser bautizado el submarino de la Vegueta, de madrugada, antes de romper el día siguiente, la madrugada del domingo...

Diez, doce o quince personas, todos hombres, unos del campo y otros de la ciudad y todos amigos del anfitrión, beben vino y comen pescado y hablan sin parar. Las horas pasan rítmicas y las conversaciones se animan con los tragos y algún canto, alguna isa envergada en el entrepunto por la garganta eufórica y repleta del tufo del mosto de la pipa encantera. Como siempre, como tantas veces, de repente alguien se levanta y se marcha fuera, a evacuar por lo bajo la bebida tras el corral, o a

airearse un poco con el sereno fresco de la noche. Fue el caso de Francisquito el Brevia, uno del lugar que usaba cachimba y solía los sábados echarse sus buenos tragos. Casi fue desapercibida la salida del Brevia de la estancia, continuando las conversaciones y los cantos hasta que un par de horas más tarde Perico Tierrita se sintió sofocado y salió a refrescarse la cara en la pileta del burro de detrás del corral. Salió el hombre, tambaleándose, y alumbrándose con el claror de un cuernito de luna en el cielo limpio de la noche, se acercó a la pileta. Metió la cabeza en el agua y, al ir a remojarse el pescuezo con la mano, la mano que agarra bajo el agua un trozo de palo en forma de cachimba. Saca la cabeza del agua y ve que era una cachimba de verdad con la chimenea hacia fuera y que no se movía, que estaba pegada. Mete la mano más al fondo en el agua y toca una cabeza, y después un cuerpo humano. Asustado, echa a correr y grita: «¡Hombre al agua! ¡Corran que hay un hombre ahogado en la pileta!» Salen todos a una de la casa y efectivamente comprueban que hay un hombre en el fondo de la pileta. Lo sacan y, a la luz del farol, comprueban que es el Brevia que se despierta y dice «qué pasa, quién me ha despertado, por qué me despertaron», sin soltar la cachimba trincada entre los dientes.

Se había pasado el Brevia más de dos horas durmiendo en el fondo de la pileta de agua del burro hundido completamente y respirando por el caño de la cachimba. Y desde ese momento se le cambió en apodo. En vez de Pancho el Brevia en adelante se llamó «El submarino de la Vegueta».

Suscríbese a

LANCELOT

semanal

SEMANARIO INSULAR DE INFORMACION

con comodidad. Llame a los teléfonos

(928) 81 58 93 - 81 37 04

81 46 18 (Fax)

Una simple llamada telefónica bastará para formalizar su suscripción a LANCELOT. Llame al 81 58 93 o al 81 37 04. Tomaremos sus datos e, inmediatamente, comenzará a recibir su semanario. Si vive en Arrecife o San Bartolomé puede optar por la fórmula de entrega en mano.